

LA FERTULIA.

Periódico semanal de literatura y de artes.



10 CTS.

DOMINGO 20 DE JULIO DE 1851.

N.º 154.



TEATRO PRINCIPAL.

Camina, y á buen paso, la obra de este coliseo, y segun aseguran las personas bien enteradas, estará concluida á mediados del próximo agosto. Entre las grandes mejoras que van á tener lugar no es por cierto la menor la sustitucion de los antiguos potros, mal llamados lunetas, por butacas anchas, bajas y cómodas, forradas de terciopelo carmesí para mayor realce y lucimiento. Ahora es, pues, ocasion de que se introduzca la costumbre, muy admitida en las ciudades mas civilizadas de Europa, de concurrir las señoras al patio, con lo cual ganaría mucho el público y las empresas. El público, porque unos podrán llevar á sus señoras, estas á sus hijas, aquellos á sus hermanas mas amenudo de lo que les era dable hacerlo, si para ello se veian precisados á tomar un palco siquiera de los terceros. Las empresas, porque era mas que probable que aumentaria el abono de las lunetas hasta el punto de no quedar muchas libres, se entiende dado caso que no trabajaran malas ó endebles compañías. Algunas personas amigas de todo lo estacionario, se oponen á esta beneficosa innovacion, alegando por único motivo, que no es ni ha sido costumbre en Cádiz que las señoras concurran al patio, y que por lo tanto, en vano es in-

tentarlo, porque nada se alcanzará. Hé aquí una de aquellas razones llamadas de pie de banco. Admitido el principio de que no se debe intentar ninguna variacion en las costumbres, siquiera sea de las mas sencillas y de las que han de resultar bienes á un público ó á una clase de la sociedad, la civilizacion de un país deberia quedar estacionaria como en China, puesto que la mejor parte de los inventos humanos suelen causar variaciones en las costumbres de un pueblo. Díganlo sino las infinitas nacidas del descubrimiento del vapor como fuerza motriz. Antes de establecerse los vapores del Puerto de Santa-María no faltaban personas tan ciegas de entendimiento, que apoyadas en ese necio argumento de la costumbre, porfiasen y sostuvieran que los vapores irian vacíos, porque los viajeros preferirian los faluchos por estar en ellos acostumbrados á viajar. La esperiencia probó cuán engañadas estuvieron y cuán falsa es esta clase de argumentos.

Si la nueva costumbre que se procura introducir es ventajosa para todos, sin que ofenda en nada el decoro ¿porqué no han de prestarse á aceptarla cuanto antes? ¿Cabe, por ventura, la mas leve duda acerca de la ventaja que al público resulta de admitirse la costumbre, generalizada en Madrid en los teatros donde las lunetas ofrecen alguna comodidad? ¿Se opone acaso al decoro que las señoras es-

tén sentadas junto á los caballeros, como pueden estarlo en un palco ó en cualquiera otro lugar público? ¿No están aun mas cerca y aun casi rozándose en los paseos, y aun en los mismos templos del Señor?

Ademas, que tampoco puede decirse de una manera absoluta que en Cádiz hayan nunca concurrido las señoras al patio de un teatro. En el llamado de Isabel II, no obstante lo molestas que eran las lunetas, y sin brazos para separarlas unas de otras, han ido todos los años multitud de señoras principales y no-principales de la ciudad, y no han tenido reparo en sentarse en aquellos asientos, y ni podian tenerlo, porque en ello no faltaban al decoro debido al público.

Que antes no existiera esta costumbre en el teatro Principal, es cosa muy natural, porque las lunetas eran los asientos mas incómodos que podian imaginarse, ó impropios por lo tanto para señoras; pero ahora que ván á mejorarse de una manera notable estos asientos, no hay razones que se opongan á ello, como no sea la preocupacion de ciertos hombres que desearan viviésemos como nuestros abuelos.

Un dia y otro insistiremos sobre este punto, y nos prometemos no estar solos en esta obra, porque nuestros colegas de la plaza nos ayudarán con sus mayores luces é influencias.



Nueva cátedra particular.

Dentro de breves dias deberá abrirse una nueva clase de flebotomía, bajo la direccion del ilustrado doctor don Rafael Ameller, quien para ello está competentemente autorizado.

Es de creer que la mayor parte de los ci-

rujanos de Cádiz irán á escuchar las lecciones de este aventajado facultativo, y de las cuales sacarán gran provecho, pues conocidas son la particular destreza del señor Ameller en las operaciones quirúrgicas; destreza que siempre revela no solo la optitud sino los buenos conocimientos que en el arte poseen.

Servirá de testo un tratadito, compuesto al efecto por el mismo profesor, tratado que, segun anuncian, habrá de contener los conocimientos que actualmente se piden á los flebotomistas.

No tardará en salir á luz el prospecto, y entónces podrán los cirujanos formarse una idea mas clara de las partes que ha de abrazar.

Continúan las aventuras literarias del iracundo extremeño don Bartolo Gallardete, escritas por don Antonio de Lupian Zapata (la horma de su zapato)

CAPITULO II.

En que se cuentan los capuces que llevó y las trapacerias que hizo en los Lóndres el Gallardo Gallardete.

Sucedió á poco que Fernando VII el deseado tornó á España, para que la Constitucion fecha en 1812 espirase estrangulada en sus brazos. Dos adivinos hay en Segura, el uno experiencia y el otro cordura, y por ellos Gallardete, como gato escaldado que aun del agua fria huye, oliendo la chamusquina que debia esperar por sus méritos y servicios, tomó la huida de Lóndres, huyendo no del agua, sino por el agua. En un bergantín caminó á Inglaterra, imaginándose

otro Solon que se ausentaba de su patria por no tolerar el yugo del tirano Pisistrato.

Llegó á los Lóndres Gallardeto, y ya en los Lóndres, dejando á un lado las filosofías, dióse á la gramática de la lengua castellana, leyendo mas de treinta, (suple gramáticas) y á los Dictionarios, ofreciendo escribir una y uno para bien de las letras españolas.

Aunque el buey bravo en tierra agena se hace manso, Gallardeto no pudo ménos que dejar al refran por embustero. Vió que otros españoles, de los fugitivos, eran en Inglaterra loados y tenidos en gran estimacion, especialmente un don Antonio Puigblanch, hombre de mucho ingenio y mas doctrina, y autor del libro intitulado *La Inquisicion sin máscara*, en tanto que de él y de sus filosofías nadie hablaba ni pablaba; y por eso comenzó á mal herirlos con lengua de viborilla.

Contra Puigblanch mas saña mostraba, puesto que los ingleses y los alemanes habian traducido en sus respectivos idiomas el libro de *La Inquisicion sin máscara*; y del *Diccionario* de Gallardeto ninguno hacia traducciones.

Y sucedió que cantó al alba la perdiz, y mas le hubiera valido dormir. No era Gallardeto hombre de cacarear y no poner huevos, porque de cuando en cuando escribia sus folleticos, y por eso á sus compañeros de destierro juntó cierto dia en su propia casa, para enderezales un pedazo de discurso en loor de los ingleses. Y como el ruin pajarillo presto descubre su nidillo, empezó la oracion en estos términos terminantes:

«Cuando saltamos en tierra.....»

Hallabase Puigblanch presente, y al escuchar estas palabras cayoselo el pan en la miel, y de la misma suerte que Mayo dico á Abril «aunque te peso me ho de reir» interrumpió á Gallardeto la lectura con las siguientes razones:

«Amigo, nosotros al llegar á Lóndres no saltamos en tierra, porque no era ocasion de bailes. *Saltar en tierra* quiere decir en castellano bailar y solo bailar. Lo que hicimos fué *saltar á tierra*, que equivale en nuestro idioma á desembarcar.

Corrido quedó Gallardeto al oir tales razones, y desde eso dia amainó un poco las

velas con que navegaba por el mar adelante de la lengua castellana. Por donde se vé que aunque el águila vuela muy alta el alcon la mata, y aunque la lima mucho muerde, alguna vez se le quiebra el diente.

En este tiempo acertó un tal Fernandez Sardino á publicar el anuncio de un periódico castellano en Lóndres, con el título de *El Español Constitucional*. Furioso Gallardeto con que hubiese un hombre que osase escribir en Lóndres un periódico, residendo él allí, echó á volar el anuncio de otro que quiso llamar *Gabinete de Curiosidades* y que apareció como obra de todos los españoles desterrados.

El fuego del enojo ardió entonces en las entrañas de Puigblanch, amigo de Sardino. Buscó, pues, don Antonio á Gallardeto, y en su propio cuarto le dió de palabra una espantosa fraterna, afeándole su proceder con vivas y elocuentes razones.

Gallardeto hubiera querido tragar á Puigblanch, pero esto con mas destreza, hizo volver la espalda á su contrario, para picarle la retaguardia con la punta del pié, porque al alcornoque no hay palo que le toque, sino es la encina que le quiebre la costilla.

Gallardeto quedó braveando, y desde ese dia dijo siempre, hablando de Puigblanch: «Acogí al raton en mi agujero y tornóseme heredero. *La Inquisicion sin máscara* fué formada con apuntes que me robó *aquel literatuelo*.» Aunque esto dijo, no falta quien diga que ha existido un robo de Puigblanch á Gallardeto; mas que el filósofo ha trocado los papeles al referir el hecho. El hurto de Puigblanch no consistió en apuntes para *La Inquisicion sin máscara*, sino en un pedazo de pantalon que cubria la posteridad de Gallardeto, pedazo sacado con la punta del pié derecho.

Algunos amigos del filósofo le dijeron que cómo no pedia satisfaccion de la injuria á Puigblanch. A lo cual replicó Gallardeto, creyéndose Sócrates, cuando en caso igual dió una respuesta parecida: «¿Está acaso obligado un caballero á retar con todas las leyes del duelo á un asno que le despidie cozes?» Y aunque todos le hicieron presente que Puigblanch no era asno, sino hombre de gran sabiduria, respondió: «¿Si querán ustedes saber mejor que no yo lo que

he pasado en mi particular? Coz fué, y coz de asno. Yo que lo digo, yo me lo sé y basta; porque sería la mayor de las locuras que ustedes pretendan tener autoridad en cosas que no han experimentado.»

El periódico de Gallardete, para mal de las letras, quedó en su imaginación, á causa del hecho de Puigblanch, en tanto que *El Español Constitucional* vió la luz pública con gran crédito. Para consolarse de tantas contradicciones el bravo é iracundo extremeño, quiso leer las historias de Inglaterra. Cierta día, indignado de ver cuántos bajeles españoles apresó el Draque en tiempos de la gran reina Isabel de Inglaterra, dió en la locura de creer que todos los libros raros en idioma castellano que paraban en las bibliotecas de Londres, pertenecían á los despojos que aquel pirata hubo en sus correrías. Y así, poseído de un amor pátrio, digno de las mayores alabanzas, comenzó á fatigar las bibliotecas inglesas, con el deseo de enseñorearse de sus curiosidades para restituir las á España. Desde entonces es fama que así como los españoles que vivían en ciudades marítimas durante el reinado de Felipe II, al descubrir bajeles en el horizonte clamaban con espanto *ahí viene el Draque*, así los ingleses de principios de este siglo se amedrentaban al saber que el iracundo extremeño iba á visitar sus bibliotecas, y decían con temerosa voz: *ahí viene Gallardete*.

Y sucedió que una tarde, á boca de noche, fué el filósofo á visitar al caballero Ricardo Heber, persona que sobre franca y cortés, era dueño de muchos y muy raros libros españoles. Esto caballero recibió á Gallardete con muestras de benevolencia, y lo llevó á su librería, donde el filólogo se cansó de ver ejemplares únicos de ediciones de cancioneros y romanceros, de historias y de novelas, y de códices de todo género de lectura. Y aunque no conocía casi nada de lo que le enseñaba Heber: él decía que de todos ellos había tenido ó había visto ejemplares.

El caballero Heber que, por rarísimas, había pagado á peso de oro aquellas curiosidades, se hacía cruces, con todo de ser hereje, contemplando aquel conocer de Gallardete todos los libros, y aquel dar señales de lo que había visto ó perdido.

En estas y en las otras, dando Gallardete rienda suelta á la maldita y á su decir que conocía todos los libros que le presentaba, como cosas peregrinas dijo: Yo tenía en Cádiz un ejemplar de ese mismo libro, pero me fue hurtado, creo que por don Antonio Capmany, el cual también se apropió algunos pensamientos míos, entre ellos el de afirmar en el prólogo de su *diccionario español y francés* que en nuestro idioma no hay voz que signifique lo que llaman *coqueta* los gabachos.

Esto decía Gallardete, cuando un caballero español que se hallaba también en la biblioteca del caballero Heber, y que nada había hablado, rompió el silencio, y exclamó coléricamente: Señor Gallardete, llamado así porque un Gallardete nunca puede ser bandera, y usted no ha sido ni será bandera política ó literaria, sepa que aunque se alaba de calienta-sillas en bibliotecas, yo que no paso de un calienta-poyos en las plazas, quiero ponerle ahora la ceniza en la frente. Y aunque lavar cabeza de asno sea perdimiento de jabón, voy á darle una jabonadura y de las buenas.

¿A qué viene decir que Capmany burló á usted la noticia de que en castellano no hay voz que supla á la *coqueta* en francés? Mas vale callar que mal hablar, Gallardete. Si usted defiende la opinión de Capmany como suya, él y usted están muy engañados. En castellano se llama *veleta*, y también *velidosa*, á mugeres que mudan sus afectos con facilidad; y *marteleras* á las aficionadas á corresponder á todos los galanes que se presentan, y *chichisveras* á las que admiten los obsequios continuados de todos los *chichiseos*, que son obsequiadores eternos y sempiternos; y además *quillotreras*, que se enamoran cortesanamente y sin mas afecto que buenas palabras, y son de aquellas de cuantos veo tantos quiero. Y en fin, si los franceses necesitan decir *coqueta de ventana*, nosotros decimos solo *ventanera*: si ellos *coquetas paseantes en plazas*, nosotros *plazeras*.

Más iba á decir esto buen señor, cuando Gallardete, poseído de ira, comenzó á buscar en sus bolsillos alguna quisicosa, en tanto que exclamaba. Bien sabe la rosa en qué mano posa. Si yo tuviera aquí mi pluma de Albacete, juro á Dios que había de escribir

á usted una memoria, para probarle que no soy hombre de sufrir chilindrias.

Al escuchar lo de la pluma de Albaceto, el caballero Heber, amante de todo lo español, creyó que debía pedir una igual á un amigo que tenía en Madrid, y para ello se puso á escribir en su mesa lo siguiente.—Enviéme usted una pluma de las del fabricante Albacoto.

En tanto el contrario de Gallardete lo respondió. ¿A mí con esas? Mal ladra, amigo, el perro cuando ladra de miedo.

Entonces el iracundo extremeño dió rienda suelta á su ira, y agarrando con la mano izquierda tres ó cuatro cancioneros de los raros, y con la derecha algunos libros comunisimos, dió con estos sobre su contrario, de los cuales cayó uno sobre la bujía que alumbraba la batalla, dejando á todos á buenas noches.

El enemigo de Gallardete lo siguió á tientas (pues el filósofo no quiso esperar á pié firme la descarga) pero al fin en la escalera tuvo lugar para dispararle un ejemplar del *Tesoro de la lengua castellana*, con el cual le derribó media coijada, aunque no en tierra.

Después de la lucha, y de la huida de uno de los enemigos, el caballero Heber comenzó á buscar los libros que habían servido de armas arrojadizas á Gallardete, y solo halló algunos pocos. Tres ó cuatro romanceros y cancioneros perecieron en la batalla, lo cual prueba cuán fuera de sí estaba Gallardete con que hubiese en castellano una palabra que equivaliera á *coqueta*, y cuánto le había turbado su razón el enojo, que ya ni sabía lo que ejecutaba.

De forma que en la batalla hubo un descalabrado, que fué Gallardete: tres ó cuatro libros que se pusieron en huida, y un caballero inglés metido á saco: por donde se vé que en la guerra todo es estragos, desolacion y ruina, y que los cuakeros hacen muy bien en predicar la paz á los hombres.

(Continuad.)

Teatro del Circo.

El viérnes último tuvo lugar el beneficio

de don Manuel Osorio en este teatro, y el estreno del drama del señor Camprodom titulado, *La Flor de un día*. Faltos hoy de espacio para analizar este drama, bástenos por ahora decir que está muy lejos de merecer los encomios que de él se hicieron en los carteles, y así lo hubo de juzgar el público, según las pocas ó ningunas muestras de entusiasmo, sin embargo de la buena ejecución, especialmente por parte de los señores Osorios. Nada dejaron que desear en el desempeño de sus papeles ambos hermanos. Don Manuel caracterizó perfectamente el del protagonista, aun cuando el papel no ofreció en sí esas grandes ocasiones en que pueden desplegar todos sus recursos los distinguidos actores. Solo en la escena final hubo un momento que supo aprovechar con gran maestría el señor don Manuel Osorio, y en el cual arrancó grandes aplausos. Hablamos del acto de la despedida, en aquel adios pronunciado con admirable acento y acompañado de ese sublime lenguaje de accion, que dice aun mas de lo que las palabras pudieran expresar. Los finos y delicados modales, la dulzura de la voz, la buena inteligencia en el decir, son las principales prendas que adornan á este apreciable actor, prendas poco comunes por cierto, y que le valen ocupar un buen lugar entre los primeros actores de España.

Sabemos que en el teatro del Circo se prepara una brillante funcion para mañana lunes, á beneficio de los empleados de aquel coliseo, don Rafael Chacon y don José Guerra, compuesta de piezas escogidas en la declamacion, canto y baile. La que formará la parte principal del espectáculo, es el acreditado drama *El Campanero de San-Pablo*, produccion que ha obtenido una aceptacion justa siempre que se ha ejecutado. Desde luego damos nuestro beneplácito á los interesados por su acertada eleccion.

La última entrevista.

En 1259, el emperador Teodoro Lascaris yacía moribundo en su lecho, con un hábito de religioso y las manos unidas sobre el pecho.

Reconciliado con Dios, se hallaba dispuesto á la muerte, y disgustado de las grandezas humanas, no la hubiera temido sin el pensamiento de su hijo Juan, pobre niño de edad de nueve años, cuya débil cabeza no podría sostener la pesada diadema de Nicea.

El emperador lloraba, porque necesitaba de una persona que sostuviese la corona en la cabeza de Juan, y solo veía á su lado enemigos.

Jorge Acropólito no podía haber olvidado que por orden del emperador había sido azotado como un esclavo.

Musalon había sido arrojado del consejo á pontapiés.

Miguel Paleólogo.... ¡Oh! si olvidase una noche funesta.... quizá la olvide, porque solo esta vez se había mostrado cruel el emperador con Miguel.

—Decid á Miguel Paleólogo que quiero hablarle, gritó Teodoro Lascaris á los guardias.

Uno de ellos fué en su busca, volviendo bien pronto con Miguel Paleólogo.

Era de noche: una lámpara alumbraba tan solo la tienda del emperador, y agitada sin cesar por el aire, apenas despedía algunos resplandores. Dos mugeres y un sacerdote, arrodillados junto al lecho, velaban por el enfermo. Cuando Teodoro vió aparecer la alta estatura de Miguel, les hizo una seña para que se retirasen, y estos dos hombres permanecieron silenciosamente mirándose uno á otro.

El emperador rompió el silencio para preguntarle:

—Miguel, ¿me aborreces?

—Sí.

—Y á pesar de eso te llamo en mis últimos momentos para exigir de ti un inmenso beneficio.

—¡Beneficio que ningún otro podría hacer! ¿no es verdad?

—Miguel, sabes que siempre te he querido.

Una sonrisa amarga é irónica se marcó en los labios del Paleólogo.

—Miguel, no juzgues con tanta severidad mi conducta para contigo. Si algun día reinases, sabrías qué desgracia es reinar, y al mismo tiempo cuán disculpable fui poniéndote preso, cuando me decían: «*Quiere quitarte la corona, conspira contra ti, es joven, elocuente, querido de la tropa....*» Pero déjame acabar porque los instantes son preciosos. Escucha: voy á morir y dejo un hijo, pobre niño, sin amparo ni protección. A ti y á Musalon os nombro tutores suyos. ¿Aceptas este título?

—Le acepto.

—¡Y me juras en mi lecho de muerte, y delante de Dios que nos oye, que serás para mi hijo un padre tierno y desinteresado?....

—Oyerno bien, mañana en tus funerales, asesinarán por orden mía á Musalon y á su familia, para ser yo el único tutor de tu hijo. Dentro de ocho dias meteré á esto en un calabozo, á orillas del mar; y dentro de un año, haré que lo salten los ojos con un hierro ardiendo.

El emperador haciendo un esfuerzo sobrenatural, se arrojó de la cama á los pies de Paleólogo, exclamando:

—¡Perdon! ¡perdon para mi hijo! Véngate en mi, atraviésmo con tu espada! pero con compasión de él!

—¡Atravesarte con mi espada! morirás muy pronto!

—¡Oh! ¡piedad! te lo pido por lo más sagrado....

—Teodoro Lascaris, Dios es justo. En este calabozo donde morirá tu hijo, me ha hecho estar tres años. El hierro ardiendo que saltará sus ojos, te ha servido para excitar á los gatos monteses que devoraban á mi hermana, metida en un saco lleno de estos animales.

—Pero.... ¿este es un niño inocente!

—Aquella era una muger inocente!

—¿Y qué crimen ha cometido?

—¿Cuál cometió mi hermana? No querer casar su hija con tu favorito Musalon. Has destrozado el corazón de una madre; yo destrozaré tu corazón de padre. Has asesinado á una muger; yo asesinaré á un niño. Te pago con la pena del Talion: es muy justo.

—¡Bien! exclamó Lascaris, aun soy emperador.

rador y sabré hacerme obedecer. Guardias! —Silencio, caáver, ¿no sabes que un emperador moribundo no reina ya? ¿Mas por qué lo impido que grite? añadió quitando su pie: nadie acudirá, y si alguno viniese, á una señal mia le escupiría en el rostro. Y se sentó junto al lecho del emperador.

Pasó una hora sin que se oyera otro ruido que el estertor del moribundo.

De repente, el estertor cesó y un movimiento convulsivo agitó el hábito de Teodoro.

Miguel se inclinó sobre el cadáver y le sacó del pecho el edicto del emperador que nombraba tutores de su hijo á Miguel Paleólogo y á Musalon.

Soldados, exclamó, Teodoro Lascaris ha muerto, y desde este momento soy regente del imperio de Nicea, esta ha sido la última voluntad del emperador.

—Viva Miguel Paleólogo! gritaron millares de voces.

Al día siguiente, en los funerales del emperador Teodoro Lascaris, asesinaron á Musalon.

Un año despues, en una fortaleza á orillas del mar, le saltaban los ojos á un pobre niño que ni aun fuerzas tenia para defenderse de sus verdugos. E. B.

es .

La regularidad en la marcha progresiva de todas las clases de la sociedad es la base de la perfecta organizacion.

La esmerada construccion de una máquina se funda en la armonia de accion que existe en todas y cada una de sus partes; circunstancia indispensable, y sin la que no puede concebirse su ejercicio normal correspondiendo á su objeto. Todo aparato, por sencillo ó complicado que se le suponga en su mecanismo, consta de piezas maestras, que son como las reguladoras de las demas, sus centros contentivos, y otras secundarias que subordinadas á las primeras concurren á la consecucion de la unidad de fin.

Es decir, que necesariamente ha de haber correspondientes puntos y mutualidad de tendencias entre piezas maestras y secundarias, puesto que la discordancia traería en

pos de sí el desarreglo en la accion terminal. Uniformidad, sujecion mútua, regularidad motora, hé aquí reasumidas las capitales condiciones que ha de llenar una maquinaria cualquiera.

Ahora bien: ¿quién dudará que una nacion no es otra cosa que una máquina compleja, cuyas ruedas son múltiples en un mismo movimiento, y cuya homogeneidad es indispensable para que avance hácia su perfeccion? Nadie evidentemente. Considérese el rango que cada profesion, arte, manufactura ó ciencia ocupa en la sociedad que concurre á formar, y se verá que es principal ó secundario; obsérvese la mútua dependencia que estas gerarquías entre si tienen, y se convendrá en la existencia de su mútua sugestion, arrojase una ojeada rápida sobre el campo en que se estiende su influencia activa y se contemplará la regularidad motora.

Luego, en las sociedades que son unas máquinas humanas compuestas, deben, para acercarse á su mayor brillantez, prestarse reciproco apoyo sus diversas profesiones, que son otras tantas ruedas, y solo por este único medio lograrán prevalecer á las causas que tiendan á sumirlas en el caos de destruccion y de tinieblas.

El equilibrio equitativo y justo en la balanza que sostiene los goces y pesares, los desvelos y las recompensas, es una ley de la naturaleza, inmutable en su esencia, y proclamada de generacion en generacion, cual si fuera repetida por el eco de los siglos. Esta ley enana la de la integridad de la suprema causa, domina en el carácter de las especies creadas.

La roca que ha de sufrir el azote de las aguas, las inclemencias de los tiempos, y el peso de una porcion del globo de que forma parte, solo cede á la destruccion producida por los agentes físicos y químicos. El vegetal que ha de permanecer sugeto al punto en que se creara, y que no tiene movimientos voluntarios, está privado de sensibilidad, y su alimentacion distribuida en su atmósfera, las aguas y la tierra que le rodea. El animal, á medida que su locomocion y su vida se va aislando, cuenta con sensibilidad, y llega hasta poseer la razon, por medio de la que se eleva á la contemplacion de la naturaleza y de su legislador omni-

potente.

La naturaleza misma al proporcionar para cada necesidad el recurso que ha de satisfacerla, ha querido que el hombre, al formar las sociedades, tenga presente esa ley tan racional y sabia.

Con efecto, el propietario debe percibir de su colono una retribucion proporcionada á la ganancia que esto obtenga, el colono á su vez ha de corresponder al jornalero en razon de sus cualidades y asiduidad en el trabajo; el jornalero igualmente ha de satisfacer al mercader que le proporciona los efectos que han de auxiliarle en sus necesidades; este al comerciante y á su vez al ganadero, al labrador, al menestral, al artista, al fabricante, al hombre de ciencia, á las clases que de ellos dependen y á las de que han de necesitar.

La regularidad de esta série eslabonada de profesiones no deberá turbarse ni un instante; en el momento en que se desuma, es imposible su marcha armónica. Si el interés mezquino se antepone á la honradez; si á espensas del trabajo de una clase quiere mantenerse otra; si con el sudor de una profesion quiere sostenerse la que debiera ayudarla, habrá un resentimiento justo entre el que sufre y el que goza, entre el que paga y el que gasta.

Turbado, en una palabra, este armónico movimiento, la sociedad se despeña y surgen como del averno las calamidades consiguientes á la paralización del curso regular y natural de las naciones. Hé aquí el origen de las revoluciones que terminan en un día con los trabajos asiduos de muchas generaciones, con los progresos de la industria, de las artes, y de todos los ramos de la riqueza pública.

El equilibrio entre la produccion y la esaccion, entre los gozes y los sentimientos, entre el trabajo y el fruto, es la ley de la naturaleza y de la humana condicion.

Miscelánea.

PULGUERISMO.—Continúan manifestándose en la calle de Linares las pulgas industri-

sas. Desearemos que las justas quejas de su director hayan sido atendidas, y que su laboriosidad sea recompensada por la asistencia del público.

Hablando de anuncios, dice *El Mundo Nuevo*, periódico de Madrid, que hace dias apareció en las esquinas uno que decia:

Coleccion de cánones.

Mientras el cartelero lo pegaba, un agente, que tenia proyectos de saber leer, empezó á deletrear, y despues de muchos trabajos leyó:

Coleccion de cañones.

Cuando el cartelero se bajó de la escalera que usan para fijar los anuncios, se entabló el siguiente dialogo entre él y el salvaguardia.

—¿Es usted armero?

—No señor.

—¿Y fundidor?

—Tampoco.

—Pues entonces será usted revolucionario; con que véngase usted conmigo.

Y se lo llevó á la cárcel.

Cuando el señor jefe político lo supo, se tiró de los pelos.

Cuando lo supo el *Mundo Nuevo* se alegró, y dijo:

«En verdad que le está bien empleado al señor jefe político, por tener salvaguardias con conatos de saber leer.

«Un salvaguardia no debe saber mas que ser salvaguardia, y uno de los requisitos indispensables para serlo á la perfeccion, es no saber nada.»



CADIZ: 1851.

IMPRENTA DE D. FRANCISCO PANTOJA,
calle del Laurel, n.º 129.